

# 1. LUGAR DE AUTOR

---

## El intelectual en América Latina<sup>1</sup>

NOÉ JITRIK

Pregunta: Mientras en América Latina emergen algunos liderazgos políticos y sociales, se fomenta la antipolítica. ¿Cómo explicamos la paradoja?

Respuesta: Yo creo que no hay tal paradoja, y si la hay sus términos serían los siguientes: por un lado, la desconfianza en la política y en los políticos existió siempre en los países de América Latina pero en los tiempos que corren adquirió una fisonomía más homogénea, más gente es impermeable a lo político, ayudada en ese sentimiento por la desconfianza que producen todos los malos políticos y la estructura política misma, cerrada, sin horizontes, procurando sólo autoalimentarse y perdurar, más que regir, administrar o sencillamente gobernar; por el otro, como pareciera que las sociedades actuales siguen teniendo instituciones y el Estado, por más disminuido que esté, sigue siendo un referente indispensable, o al menos es difícil prescindir de él, todos los que abominan de la política terminan por favorecer la aparición de determinados liderazgos que son frutos de una indecisión social que puede explicarse de la siguiente manera: no se cree en nadie pero como no se puede prescindir de las instituciones, quienes asumen esa responsabilidad y aparecen encarnando al mismo tiempo lo antipo-

---

<sup>1</sup> Entrevista a la Revista *Quorum*, gentilmente cedida por Noé Jitrik.

lítico y un programa de acción salvacionista son más escuchados, al menos por un tiempo, y apoyados de una manera ambigua, no porque se hayan establecido compromisos que salen de lo personal sino porque no hay más remedio y a algo hay que aferrarse para que el todo social no se derrumbe.

Pero esos mismos líderes necesitan, para conservar el poder, fomentar una antipolítica, como si sólo ellos tuvieran en sus manos la política. Una frase que corrió bastante indicaba ese estado de ánimo: “a mí no me interesa la política, yo soy peronista”. ¿Qué entenderán por política quienes piensan de ese modo? ¿Y qué los que formulan preguntas como éstas?

P.: ¿Cómo considera usted posible actualmente para un escritor una forma de militancia más allá de la literatura? ¿Acaso cree que solamente sigue siendo posible creando un discurso que deconstruya el discurso del poder constituido?

R.: Me parece difícil que el escritor pueda llevar a cabo una militancia fuera de la literatura; esto, la literatura, es una práctica muy absorbente, tanto o más que lo que en las pregunta se denomina “militancia”, palabra de sentido amplio aunque se pueda intuir, cuando se la invoca –y no sin cierto tufillo moral– que se trata de política.

Esto quiere decir que el escritor que decida hacer política, militancia, o militancia política, debe si no abandonar la literatura al menos suspender su ejercicio. De todos modos, y en todos los tiempos, muchos escritores, que ponían su nombre, y nada más que eso, para apoyar determinadas causas, “adherían”, creían que por eso hacían militancia o eso les confería un estatuto político especial, más prestigioso por ser escritores, sobre todo famosos.

No puedo ignorar que los discursos tienen diferentes pesos en la sociedad: el de los prestigiosos o famosos más que el de los poco o nada conocidos pero el tema de la responsabilidad política los afecta por igual, no más a los escritores que a los demás que, en definitiva, son los que deciden. Y este razonamiento no sólo tiene que ver con la actualidad sino que siempre ha sido así aunque hubo algunos momentos, contradictoriamente favora-

bles, en que se podía ser escritor y poner el cuerpo, como ocurrió durante la guerra civil en España. También puede uno preguntarse si Hemingway apreciaba más su participación bélica que “¿Por quién doblan las campanas?, aunque tal vez Miguel Hernández tendría dudas, sobre todo instantes antes de que lo fusilaran.

Por otra parte, “todo” discurso auténticamente literario “deconstruye” los saberes que preceden su aparición y, en consecuencia, también el del poder aunque lentamente, subterráneamente, de manera diferida pero, desde luego, tiene que ser un discurso literariamente poderoso que detenga el lugar común y corte la respiración. No creo que un discurso, así se llame a sí mismo literario, hecho de consignas y de lugares comunes, tenga esa capacidad. ¿Pero quién determina lo que es literario? Ni la voluntad de los escritores ni la perspicacia de los lectores sino una intuición poderosa, capaz de reconocer lo literario aunque sea incapaz de definirlo.

P.: ¿Qué temas considera que el discurso intelectual hoy debería poner en el centro del debate, pero que quizás están silenciados, ocultos u olvidados, por el conformismo, la resignación o la frustración?

R.: Para un escritor los “temas” son necesarios pero no suficientes: se requiere algo más para que un tema socialmente importante sea literariamente importante y, por consecuencia, incida sobre las mentalidades, los hábitos y las estructuras: durante la Colonia el tema importante de la grandeza de los reyes engendró penosos poemas mientras que el silencioso rebuscamiento de Sor Juana Inés de la Cruz dio lugar a expresiones de la más alta poesía; Rubén Darío, por dar otro ejemplo, manejaba temas fútiles, que los comprometidos de su época condenaron, pero él cambió la poesía y su estatuto mientras que nadie recuerda a quienes lo censuraban.

Además, en cuanto a temas fundamentales para la sociedad, como memoria y olvido, por ejemplo, me parece que no reina el silencio, el ocultamiento o el olvido sino, por el contrario, existe un abuso temático que les quita efectividad, percusión y que se corre el riesgo de que, como temas en sí mismo valiosos, pierdan fuerza; quienes así los frecuentan pueden en el

mejor de los casos “sentirse” contentos consigo mismos porque han dicho expresamente lo que hay que decir para estar bien colocados en el horizonte de la honestidad política, pero eso no les quita el carácter de contribuyentes al desgaste.

Lo mismo ocurre con las declaraciones –un grupo de nombres prestigiosos y luego siguen las firmas: ¿qué significa eso desde una perspectiva crítica que puede iluminar la conciencia de alguien?– que ya son retórica aunque, lo reconozco, todavía es preciso hacerlo. Pero, yendo a lo concreto, cada escritor o intelectual se ocupa de lo que puede y el elenco de temas que aparecen en sus textos resulta de una rara combinación; a veces interpretan o asumen temas que están en el aire pero la mayor parte de tiempo los construyen como temas; si lo hacen bien, honestamente, con descubrimiento, pronto se ve que han percibido algo que ocurre en la sociedad y lo descubren.

En lo que me concierne, mis temas predilectos pueden parecer muy abstractos y despegados del elenco preferido pero siento que vuelvo al debate desarrollándolos; así, por ejemplo, si reflexiono sobre la “conversación”, por ejemplo, creo que aludo a profundos asuntos relacionados con la comunicación o la incomunicación lo cual, a nadie escapa, es algo más que un tema oculto o silenciado: es un rasgo propio de una época; el que sea imperfecta, por ejemplo, es un indicio del estado actual de las relaciones sociales. ¡Y vaya que eso es un tema!

P.: Usted ha reflexionado sobre los deberes del intelectual. ¿Sobre qué bases surgen estas responsabilidades y cuáles serían las fundamentales?

R.: Es cierto que alguna vez he pensado y escrito sobre este asunto; lo hice tomando como eje la idea de “corrupción” de la escritura; dicho de otro modo, el primer deber del intelectual es rechazar esa corrupción que funciona como una permanente amenaza, sus tentaciones son grandes y es preciso hacer un esfuerzo para neutralizarla.

Pero aún así, no es fácil definirla aunque algunos elementos saltan a la vista: el facilismo, el lugar común, las ideas preconcebidas, el excesivo

respeto al lenguaje del poder y, como matiz, a la opinión dominante, la resignación del elemento de crítica, sin la cual ningún intelectual podría ostentar ese nombre y, por supuesto, el ponerse al servicio de dictadores, opresores, torturadores, etcétera.

Esto no quiere decir que el cuidarse de la corrupción conduzca a una idea de pureza absoluta e incontaminada sino tan sólo constituiría el requisito mínimo de su sentimiento de autorrespeto.

En cuanto a las “bases” se presenta un vasto problema: ¿en nombre de qué debe neutralizar la corrupción? Y otro: ¿es un intelectual el dueño de un saber que lo obliga a ponerlo al servicio de una causa que no es definida por él mismo y que, por ser como es, lo preservaría de la corrupción? ¿Cuáles son las voces de la sociedad que le indicarían un camino seguro para cumplir con su papel y, en su cumplimiento, lo llevarían al dilema que presenta la posibilidad de corrupción?

P.: ¿Cómo contempla la actual situación hegemónica de Estados Unidos? ¿Cree que quizás se está instalando una nueva idea dominante, tramando un destino, con el consentimiento de la sociedad de Estados Unidos, a partir de esta manera paranoica, mesiánica y de dominio mundial?

Es verdad que en los actuales momentos los Estados Unidos tienen una posición hegemónica, tanto militar como financiera y económica pero eso es quizás lo menos importante: lo más importante, a mi juicio, es el poder tecnológico y científico que poseen y que los hace dueños de un instrumento poderosísimo, tanto que, pese a todos los agravios que le hacen al mundo, sigue siendo el referente principal: medicina, comunicación, nuevas ciencias, espacio, etcétera. Por supuesto que la sociedad norteamericana refrenda y avala, por ahora, este papel pero acaso lo haga temporariamente porque se siente amenazada –lo del 11 de setiembre es clave para entender el sentimiento de amenaza– y luego, como ocurrió otras veces, cambie y retire su apoyo al mesianismo que hoy por hoy caracteriza la política exterior de los Estados Unidos.

Sucedió cuando lo de Vietnam y por qué suponer que no va a suceder

otra vez, cuando tal política empiece a afectar los intereses más elementales de los ciudadanos norteamericanos que terminarían por abandonar un pseudo patriotismo, que no les garantiza nada real ni simbólico, si de una manera u otra sintieran que su modo de vida puede ser afectado.

P.: ¿Qué tradiciones culturales y literarias le interesan especialmente en estos tiempos? ¿Cuáles cree que reafirman mejor su propio espacio en estos años en que se habla de una unidad monolítica llamada globalización, que supuestamente puede diluir las tradiciones nacionales en una cultura mundial? ¿Con qué otras literaturas considera que se dan ahora sobre todo las conexiones, alianzas y parentescos, el diálogo de los autores?

R.: Por empezar, uno no elige las tradiciones en las que se inscriben los proyectos; más bien las sigue aunque luche contra ellas y sea conciente del peso que tienen, a veces negativo –las ideológicas–, a veces positivas –la sintaxis–. De qué modo, además, uno se sitúa en el conflicto que entraña la perduración de las tradiciones y los deseos de modificarlas.

Creo que de dos maneras: una, afirmativa, acrítica, que las acepta tal cual: en nuestro caso, por un lado la tradición europea, por el otro, las tradiciones, en plural, populistas; la otra, cuestionadora, crítica, que sin renegar del idioma y de la forma, tiene como objetivo la innovación, la búsqueda de la voz propia. Yo diría que intento pertenecer a este grupo, intento ser nacionalista, en un sentido que nada tiene que ver con los nacionalismos que, precisamente, adoran la tradición, sino que implica comprender el lugar en que se vive, la lengua que se posee, el espíritu de los que componen esta sociedad y admiten que hay algo que hacer en ella.

Así, por ejemplo, me importa la literatura argentina pero no porque sostenga irracionalmente que es la mejor del mundo sino porque siendo la que tenemos da lugar a un trabajo de comprensión al cabo del cual lo propio es susceptible de ser mejor. Me parece que algo así nos preserva de eso que se llama, de manera hartamente aburrida, globalización y que penetra si la dejamos penetrar y cuyo objetivo no es construir una cultura mundial sino sólo aniquilar el concepto de cultura entendida como modo de producción de la

identidad.

Aun admitiendo que se trata de una cultura mundial el concepto de globalización tiene más que ver con modos de vida basados en sistemas de producción unificada que con el aspecto de creatividad de lo que llamamos cultura; no obstante, si pensamos en ciertos campos en particular –no en la literatura y el arte– como la medicina o el correo electrónico es difícil sostener que se trata de un ingreso a la barbarie.

En cuanto a las conexiones literarias yo creo que siempre deben ser bienvenidas, salgan de donde salgan; el problema es que no llegan de manera fluida al conocimiento de los practicantes de literatura sea cual fuere el lugar donde pretendan hacer literatura; las razones son múltiples, económicas sobre todo y, en segundo lugar, de encierros nacionalistas; eso hace que no haya traducciones y crea una ilusión espontaneísta, la de que se puede hacer literatura en sí, sin conexiones ni aprendizajes.